

Inventar la contemporaneidad

Alan Pauls

Más de un cuarto de siglo después de publicado, *El beso de la mujer araña* sigue siendo un libro ilegible. Quiero decir: un libro que, como el *duelista encarnizado* de Conrad, como el *Michael Kohlhaas* de Kleist, aún espera satisfacción, vive esperándola, vive de esperarla, puesto que sabe —es la extraña arrogancia de Puig, su inocencia de niño sabihondo y precoz— que esa satisfacción es imposible. Quién lo diría, ¿no? ¿Y si el problema fuera otro? ¿Y si el problema fuera que este libro sigue sin darnos satisfacción? ¿Que, emblemático de una época que todavía nos es ciega, acribillado por dos décadas de lecturas, traducido, incluso, al esperanto confortable del cine, esta suerte de diálogo socrático entre un militante obcecado y una loca démodée se empecina todavía en traicionar todos nuestros afanes de sentido? Tal vez el problema sea otro y el mismo; secreto de una economía imposible, es el problema de la deuda y del don: la deuda que contraemos con lo que *El beso...* nos da, lo que le damos para saldarla (deudores paranoicos) o, acaso, para doblegar esa espera insoportable en la que nos tiene presos: para invertir los términos (acreedores sádicos), convertir *El beso...* en nuestro deudor.

Si el problema está lejos de recibir satisfacción es porque, exterior al libro mismo, en la medida en que afecta a su destino a través del tiempo, a su historia, a las fuerzas que se apoderaron y siguen apoderándose de él, a la vez es completa, radicalmente interior al libro; lo constituye, lo habita y lo trabaja, al punto tal de que, leído con veinte años de diferencia (¿veinte años más? ¿veinte años menos?; pero, ¿cuántos años tenía el libro cuando lo leímos por primera vez, y cuántos nuestra lectura «original»?), pareciera que *El beso...* no hace otra cosa que girar alrededor del don, de la deuda y de ese trabajo impo-

sible, infinitamente diferido, que es la reciprocidad. Pero hay, además, otra posible razón, y es que este problema (que, yo, puesto a clínico literario, llamaría el problema Puig, y que nos ronda como un espectro cada vez que un libro «viejo» de Puig, bajo la forma espectral de una «reedición», vuelve a visitarnos desde el más allá) es por definición el vértigo extraño en el que zozobran El beso de la mujer araña, toda la literatura de Puig, la literatura a secas y las lecturas de la literatura: es el vértigo de la contemporaneidad.

El beso de la mujer araña es la gran novela argentina contemporánea sobre la contemporaneidad. ¿Hace falta alguna razón adicional para explicar su resistencia, su desubicación, su carácter esquivo, desconcertante y hasta malogrado, como de injerto que nunca termina de prender? Todo en ella parece condenado a la peor de las suertes –la suerte de lo fechado– y todo brilla, sin embargo, con el fulgor de lo que aún no ha sucedido. La persecución política y la represión sexual, el estado de las subjetividades y el estado de la teoría (¡ah, las famosas notas al pie de El beso...!), la economía de las identidades y los deseos, la política del mestizaje y el híbrido: todas las perspicacias que alguna vez alimentaron la «actualidad» de este libro serían hoy rastros históricos, meros documentos de archivo, si Puig no las hubiera trabajado con la pregunta clave que siempre definió las condiciones de su práctica: ¿qué es la contemporaneidad? Gran parte de la literatura argentina contemporánea de Puig creyó poder responderla sin formularsela, como si, en efecto, la contemporaneidad fuera algo de hecho, algo dado. Puig, en cambio (otra vez el don), supo que había que inventarla, y El beso de la mujer araña no es otra cosa que el relato de esa invención. Es el costado «experimental» de la novela, su perspectiva un poco desquiciada, como de película de ciencia-ficción low budget: encerrar a la loca y al militante en una misma celda para observar qué puede pasar entre ambos, para seguir el rastro de una mutación, para acechar, por fin, el advenimiento de una contemporaneidad. Pero también es la tentativa puiguiana por excelencia de construir las frágiles, milagrosas sincronicidades donde un relato oral se encuentra con el film perdido que relata, una conversación con los monólogos interiores que la socavan, un espacio clausurado (el de la celda) con el exterior que lo acorrala (la maquinación político-policial), una «banda» de ficción (como se dice, en el cine, una banda de imagen y otra de sonido) con una «banda» de teoría.

Que la contemporaneidad sea el problema Puig explica, entre otras cosas, que no haya entre sus libros ninguna jerarquía histórica, que El beso de la mujer araña, por ejemplo, sea hoy una novela tan contemporánea como la primera, La traición de Rita Hayworth, o como la última, Cae la noche tropical. Y explica, también, la posición central que en la literatura de Puig –verdadera literatura-corte– ocupa la cuestión del suspenso. Si El beso de la mujer araña es un gran tratado de suspenso literario, no es sólo porque lo que nos da

a leer en cada página, clásicamente, es ese tiempo virtual en el que su intriga hace coexistir los diferentes posibles narrativos con los que nos amenaza; es, más bien, por la incertidumbre que plantea, que planteó en 1976 y que veinticinco años después, con la deuda y el don aún en carne viva, sigue acosándonos: ¿llegaremos a ser contemporáneos?